

pero desde que el derecho del Evangelio ha sido promulgado, el pueblo que no lo ha reconocido ha permanecido con respecto á los pueblos cristianos en un estado de inferioridad que inspira todavía mas desprecio que lástima: y es que antes de Jesucristo el derecho universal y perfecto no existia para nadie; los pueblos estaban todos, bajo este respecto, bajo un pié de igualdad: era, pues, posible en este estado de miseria comun que un legislador, sostenido por circunstancias que le favoreciesen de raza, de tiempo y de clima, y sobre todo, por una secreta proteccion de la Providencia, elebase á una nacion á cierto grado de cultura y de rectitud de costumbres: pero hoy, que el Evangelio ha aparecido, que el fanal de la perfeccion brilla á los ojos de todos, el pueblo que lo rechaza está necesariamente condenado á relaciones de un órden inferior que no le permiten sostener la comparacion, y que le hacen vegetar, si se obstina en su ceguedad, en una invencible y vergonzosa barbarie."

CAPITULO XL.

Destinos futuros del reino de la Cruz.

Parecerá tal vez temerario el querer sondear lo que la noche de los tiempos encierra en sus profundidades, y el seguir en ellas hasta la consumacion de los siglos los destinos de este reino de la cruz que no se ha desarrollado sino en medio de las luchas, de los combates, de las mas terribles peripecias, y que parece apenas á cubierto de la terrible tempestad á la cual no ha escapado sino por milagro. Sin duda que la vista del hombre es demasiado débil para penetrar los ve-

los del tiempo; pero á los ojos de Dios el tiempo no tiene velos; el mas lejano porvenir es para Él lo mismo que el presente. Así, pues, para afirmar nuestra fé, para asegurar á la humanidad en sus esperanzas de regeneracion, se ha dignado revelarle por la boca de su Hijo, y la de sus santos profetas algunos de los secretos de su divina presciencia sobre la marcha, el objeto y el término de la grande obra de la redencion. Dirigidos por el hilo profético, podremos traspasar los lindes del espacio y del tiempo, y delinear con anchos rasgos el cuadro de las realidades que no vemos todavía, pero de las cuales la Iglesia guarda en sí misma el precioso germen.

Es un hecho primeramente, hecho capital y dominante que se encuentra consignado en cada página de los libros santos, que la sociedad moral fundada por Jesucristo, está á prueba de todas las catástrofes, y que no perecerá jamas. Ella será el blanco de los tiros de numerosos y terribles enemigos; y no marchará á traves de los siglos sino entregada á perpetuos combates; pero nada podrá abatirla; por el contrario, vencerá y hará caer á sus piés á todos sus adversarios y levantará orgullosa la cabeza despues de haber bebido en el agua del torrente. "Tened confianza, decia Jesucristo á sus apóstoles; yo he vencido al mundo y las puertas del infierno no prevalecerán contra mi Iglesia." Así es cómo los cristianos han estado siempre llenos de una completa seguridad: de siglo en siglo no han cesado de repetir que la Iglesia no perecerá mas. Hoy mismo, despues de mil ochocientos años, lo repetimos con la misma certidumbre, y los que vengan despues lo repetirán á su vez, y admirarán, como nosotros, el cumplimiento milagroso de los divinos oráculos.

La Iglesia, sin embargo, no debe permanecer y resistir como una masa inerte, como un cadáver que los perfumes preservan de la corrupcion y de los gusanos, como esas sociedades del Oriente inmóviles y petrificadas; ella por el contrario, debe subsistir obrando, engrandeciéndose tal como el árbol á quien el Hijo de Dios la ha comparado, que grano

al principio imperceptible, se ha desarrollado y crecido indefinidamente hasta cubrir con su sombra á todas las aves del cielo. Jesucristo, elevado de la tierra, debe atraerlo todo á sí; la multitud de las naciones entrará en su Iglesia; Él llamará á los pueblos desterrados desde los cuatro ángulos de la tierra; las islas lejanas oirán hablar de Él, y todos los reyes del mundo le adorarán. Un día llegará en que todos los pueblos no formen mas que un solo rebaño bajo el cayado espiritual del pastor: entonces una era nueva se abrirá para la humanidad, la cual volverá á hallar su perdida felicidad. En esos días la justicia se levantará y con ella la abundancia y la paz, y su duración igualará á la de los astros. Los pobres comerán hasta saciarse; arrancados de las manos del poderoso y librados de la violencia y de la usura, su sangre será preciosa ante Dios. Se sembrará hasta en la cima de las montañas y el viento resonará entre las espigas como entre los cedros del Líbano; los habitantes de las ciudades se multiplicarán como la yerba de los prados.¹ “El lobo habitará con el cordero, el leopardo descansará cerca del cabritillo: la ternera, el león, la oveja andarán juntos y un niño bastará para conducirlos. El recién nacido jugará con el áspid en el regazo de la madre; y el que acabe de destetarse llevará la mano á la caverna del basilisco. Estos animales no harán ya ningún daño; *porque la ciencia de Dios, inmensa como el mar, inundará la tierra.*”²

Tales son los brillantes destinos anunciados al reino de la cruz, y que serán los de la posteridad de Adán regenerada. ¿Pero cuándo se cumplirán estos destinos? ¿Hasta cuándo la Iglesia será el blanco de las pasiones desencadenadas? El momento llegará, y muy pronto, en que los hombres comprendan al fin su verdaderos intereses; en que sintiendo que la causa de todos sus males reside en el vicio de su naturaleza, demandarán sinceramente al cristianismo que esclarezca

¹ Salmo 71.

² Isaías, caps. 11 y 12.

su inteligencia debilitada, que fortifique su corazón desfallecido y dirija su voluntad incierta haciéndoles marchar con un paso firme y seguro en la senda que debe conducirlos á la verdadera felicidad. Sobre este punto los oráculos sagrados callan ó son menos explícitos. Bien habría querido Dios revelar á sus servidores las pruebas que les aguardan, á fin de que no fuesen sorprendidos, y mostrarles de antemano el término dichoso para recompensarles desde luego con las santas esperanzas de la fé; pero Él se ha reservado el secreto de la duración de estas pruebas y de los siglos benditos en que la tierra regenerada por su espíritu recobrará una vida nueva. Algunas palabras únicamente de la misteriosa profecía del discípulo querido, aquel á quien Jesucristo confiaba de preferencia, en una expansión afectuosa, los pensamientos de su presciencia, parecen anunciar, si los aplicamos bien, que el día de los triunfos de la Iglesia no está lejos. “Porque si Satanás, dice San Juan, ha sido desatado, no será sino por poco tiempo, *modico tempore*; si las naciones seducidas se han reunido para el combate y han rodeado el campo de los santos y la ciudad querida, Dios debe entregarlas á un fuego devorador, y Satanás será de nuevo hundido en el abismo por los siglos de los siglos, y el poder de pervertir las almas no le será mas concedido.”¹

He ahí lo que Dios nos ha permitido leer ó entrever en los eternos designios de su misericordia, con relación á la humanidad decaída. Veamos ahora cuáles son las conjeturas racionales que los datos históricos y la marcha sucesiva de las cosas pueden sugerirnos, y cómo ellas coinciden con la revelación divina.

Hace ya diez y ocho siglos que la Iglesia fundada por el Hijo del carpintero y propagada por doce pescadores, se ha apoderado del imperio moral del mundo: ninguna otra sociedad ha podido arrebatárselo desde entonces. La persecución, el cisma, la herejía, la filosofía han venido alternati-

¹ Apoc., cap. 20.

vamente á ensayar sus fuerzas contra esta reina inmortal de la verdad. ¡Inútiles esfuerzos! La hacha ha caído de las manos cansadas del verdugo; las saetas rebeldes han venido unas tras otras á morir al pié de las gradas del trono de su poderosa dominadora: la filosofía con los piés metidos en la sangre, errante en medio de las ruinas de los sistemas, acaba de desvanecerse en las alucinaciones de una peligrosa locura; en tanto que la Iglesia vigorizada en los combates, ha salido de ellos mas poderosa, y reaparece despues de todas las tempestades que ha sufrido como un sol glorioso en un cielo sereno. Tal como una madre atenta y solícita, ha vigilado sin cesar la actividad del espíritu humano: ella ha seguido á este hijo pródigo en todos sus extravíos; y á pesar de su resistencia, á pesar de sus gritos y de sus furores, ella le ha designado con un dedo seguro los escollos, los precipicios, los peligros del camino que tenia que recorrer, y nunca ha desobedecido á esta infalible advertencia sin sufrir muy pronto la pena. Declarando en voz alta que emana de Dios, y que está investida por él de la infalibilidad en el orden de las verdades morales, la Iglesia se colocaba en la necesidad de un perpetuo milagro; ponía sobre sus hombros una carga, que si no era sincera, debia prontamente aplastarla; preparaba, en fin, ella misma su propia ruina. ¡Cuántas cuestiones le han sido sometidas en el curso de las edades! ¡Cuántas discusiones ha sostenido y cuántas sentencias doctrinales ha sido llamada á pronunciar! ¿Ha retrocedido ante esta tarea temible? ¿Ha dormido tranquilamente como las otras religiones sobre el almohadon de un signo inmóvil, dejando á las pasiones humanas en completo desahogo y no pidiéndoles mas sino que no turben su reposo? No; al punto que el error y el vicio han asomado su horrible cabeza, lejos de pactar con ellos se ha alzado espontáneamente para combatirlos, y ha querido mejor esponerse á todos los martirios que abandonar la santa causa que tenia que defender. Su moral, sus instituciones, los títulos de su existencia, todo ha sido ataca-

do, analizado, puesto al descubierto por el escalpelo de la razon: sistemas nuevos ó renovados se han dado á luz incesantemente; la Iglesia, sin embargo, sin ceder un palmo se ha mantenido en su propio terreno, en su propio campo, de donde ha rechazado siempre, sin sufrir ninguna pérdida, al enemigo que creia poder aniquilarla. Pero ¡oh prodigio inaudito! si dirigiendo atras sus miradas, ahora que la antorcha de la ciencia brilla con un resplandor tan vivo, revista los decretos y los anatemas de los papas y de sus concilios, ¿hay alguno, uno solo siquiera de que deba avergonzarse y que la acuse evidentemente de haber faltado á su mision? Respondiendo á toda la tierra desde hace tantos siglos, ¿en qué ocasion la Iglesia ha sido incontestablemente engañada? ¡Jamás! podemos decir con el conde de Maistre. "Pueden hacerle chicanas, pero no alegar nunca nada decisivo."¹ ¿A quién, por otra parte, ha dado el tiempo la razon: á la Iglesia ó á sus enemigos? ¿Qué doctrinas han recibido la sancion de todas las edades? ¿Son las de Neron ó las de Juliano el Apóstata, de Arrio ó de Eutychés, de Wicleff ó de Lutero, de Voltaire ó de Holbach? De ninguno; porque todos á su vez han sido desmentidos ú olvidados por los hombres sabios y aun por sus admiradores y sus discípulos. Se ha visto, pues, que la Iglesia habia juzgado bien condenándolos. Si cualquiera hombre reflexivo y de buena fé, estudia seriamente las decisiones dogmáticas de los papas y de los concilios, admirará ciertamente la superior sabiduría que ha presidido á la definicion de los mas altos misterios y á la solucion de los problemas morales mas delicados; se verá precisado á convenir que esta sabiduría, trasmitida así de generacion en generacion como una herencia magnífica, nunca oscurecida ni aun en los siglos de la mas brutal ignorancia, tiene sus raices mas lejos que nuestra miserable tierra.

El pasado, pues, de la Iglesia nos asegura indudablemente de su porvenir; y si se consideran los obstáculos que ha

¹ Del Papa.

superado, no se ve qué es lo que en adelante pueda detener su carrera. El presente, además, está muy lejos de ser alarmante. Por donde quiera se hace sentir la necesidad de volver á las creencias sanas y seguras del catolicismo: se ha comprendido que existía una relación íntima entre los pensamientos y las acciones; que los unos se modelaban por las otras, y participaban de su carácter: por todas partes se repite que es necesario moralizar á los pueblos. Los grandes pensadores siguen todos los movimientos de la sociedad, interrogan todas las pulsaciones de sus arterias, quieren saber, por último, cuál es la causa verdadera de los males de este ilustre enfermo, y cuál el remedio que conviene aplicarle. Todo lo que ha pasado en Europa desde que la invadió el espíritu pagano, las guerras, los trastornos, las matanzas, la anarquía, en fin, que la ha desolado, ha conmovido profundamente las almas y les ha inspirado graves reflexiones: se ha hecho, pues, un trabajo de comparación que, lo esperamos, producirá los más dichosos frutos. Ya los libros están abiertos: se registra con ardor la historia: se quiere preguntar á los muertos las condiciones de la vida. Un interesante paralelo se ha establecido y parece que vamos á asistir á un primer juicio del mundo. Según la palabra de Jesucristo, en lo adelante, por sus frutos es por lo que se han de apreciar las doctrinas.

Evocadas por genios poderosos, las obras nacidas del espíritu pagano por una parte, y las obras inspiradas por el espíritu cristiano por la otra, se han presentado al gran tribunal de la humanidad para ser, al fin, pesadas en la balanza de una imparcial justicia. Antes que ninguno, el ilustre M. de Chateaubriand ha colocado resueltamente en relación á los dos espíritus que se disputan el mundo; y comparando las influencias de naturaleza diversa que han ejercido sobre las artes, sobre las ciencias, sobre las instituciones y sobre la civilización, ha pronunciado una memorable sentencia, la cual todos los pueblos civilizados no han podido menos de aplaudir.

El paganismo ha sido condenado y se ha adjudicado la palma del triunfo al cristianismo. En esta carrera tan noblemente abierta, una multitud de escritores distinguidos se han precipitado á competencia: cada día se ha tributado un nuevo homenaje á la Iglesia; cada día se ha destruido una preocupación, y ha brotado algún destello de verdad; cada día los ecos de la fama nos hacen saber que ilustres tráfugas, escapando del campo enemigo, han venido á colocarse bajo la bandera de que sus padres desgraciadamente habían desertado. No se desprecia ya el arte cristiano; por el contrario, se le admira: no se rechaza ya la moral del Evangelio, sino que se la encuentra sublime: sus dogmas lejos de haber perdido en el progreso de la verdadera ciencia, han venido á recibir una nueva sanción.

El movimiento de los espíritus en el siglo presente, es pues, un movimiento de ascension hácia las doctrinas de la Iglesia. Todo conduce á creer que no se detendrá, ó que si se detiene será solo momentáneamente hasta que llegue al término de su carrera. Es imposible que las inteligencias privilegiadas no perciban al fin, que no hay más que dos maneras de constituir á la sociedad moral, y que si el principio de autoridad es rechazado, la humanidad tiene que resignarse á ser perpetuamente víctima de una mortal anarquía. Así, pues, todo se prepara para un nuevo y acaso próximo triunfo de la Iglesia, cuando sus ciegos enemigos entonen, como siempre, el canto de sus funerales. ¿De qué dichosos síntomas no somos, por otra parte, testigos? ¹ Un santo pontífice sube á la cátedra de Pedro, y desde lo alto de este trono inmortal, indica á los pueblos embriagados de una libertad sin medida y sin freno, la vía trazada á la libertad verdadera; da el ejemplo de la clemencia, de la magnanimidad, del amor de los hombres, y he ahí cómo el mundo entero, palpita, parece re-

¹ Esta obra estaba concluida antes de la revolución de Febrero; así es que su autor viendo aun reinar el orden no ha hecho más que presentar los resultados definitivos de la independencia de la razón.